



## Artículo

# La política en los intelectuales, retrospectiva crítica

**Leonardo Candiano**

Universidad de Buenos Aires

leonardocandiano@hotmail.com

Fecha de recepción: 04/03/2015

Fecha de aprobación: 12/04/2015

## Introducción

**E**l presente trabajo pretende relevar parte del largo recorrido de la crítica nacional en referencia a los debates en torno al rol del intelectual durante los rebeldes años sesenta en la Argentina en particular y en América Latina en general, a partir del análisis y puesta en diálogo de una serie de estudios focalizados en dicho eje.

Este texto no aspira a conformar un exhaustivo estado de la cuestión sobre el tema, sino que realiza un recorte bibliográfico con el fin de abordar determinados nudos problemáticos que lo estructuran.

Para ello, de los múltiples trabajos existentes al respecto retomo los libros *Nuestros años sesenta* (1991), de Oscar Terán<sup>1</sup>; *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (1991), de Silvia Sigal<sup>2</sup>; *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del intelectual revolucionario en América Latina* (2003), de

---

1 Terán, Oscar: *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993.

2 Sigal, Silvia: *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Claudia Gilman<sup>3</sup>; e *Intelectuales y violencia política. 1955-1973* (2010), de Pablo Ponza<sup>4</sup>. A su vez, rescato los artículos “El boom en perspectiva” (1979), de Ángel Rama<sup>5</sup>, “Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana” (1984), de David Viñas<sup>6</sup>, “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” (1985), de Beatriz Sarlo<sup>7</sup> y “La irrupción de la crítica. Introducción” (1999), de Susana Cella<sup>8</sup>.

A pesar de no focalizarse en la politización del intelectual, el trabajo de Victoria Cohen Imach *De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta* (1994)<sup>9</sup> funciona como complemento que permite enriquecer la mirada sobre las características peculiares del problema. Asimismo, los estudios que se articulan alrededor de las distintas vertientes del desarrollo del marxismo en el país y en el continente, como *La cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina* (1988), de José Aricó<sup>10</sup>, “El corpus marxista” (1999), de Horacio Tarcus<sup>11</sup> y los artículos de Néstor Kohan “La rosa blindada, una pasión de los ‘60. Estudio introductorio” (1999)<sup>12</sup> y “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana” (2006)<sup>13</sup>, nos orientan en los debates y las influencias fundamentales de la

---

3 Gilman, Claudia: *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

4 Ponza, Pablo: *Intelectuales y violencia política. 1955-1973*, Córdoba, Babel, 2010.

5 Rama, Ángel: “El boom en perspectiva” en Rama (ed.): *Más allá del boom: literatura y mercado*, Buenos Aires, Folios, 1984, pp. 51-109.

6 Viñas, David: “Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana” en Rama (ed.), op. cit., 1984, pp. 13-50.

7 Sarlo, Beatriz: “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, en *Punto de Vista*, No 25, Buenos Aires, 1985, pp. 1-6.

8 Cella, Susana: “La irrupción de la crítica” en *Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. X, *La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999, pp. 7-16.

9 Cohen Imach, Victoria: *De utopías y desencantos, campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, 1994.

10 Aricó, José: *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

11 Tarcus, Horacio: “El corpus marxista” en *Historia crítica de la literatura argentina*, Vol. X, *La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999, pp. 465-500.

12 Kohan, Néstor: “Estudio introductorio”, en *La rosa blindada, una pasión de los ‘60*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999.

13 Kohan, Néstor: “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana” en *Crítica y Teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.

cultura de la izquierda latinoamericana en esos años.

Considero que la revisión de estos abordajes críticos —muchos de los cuales se han convertido en verdaderos clásicos del pensamiento académico argentino— resulta de suma importancia hoy día para no caer en estereotipos teóricos ni en posturas precipitadas que imposibiliten una compleja y profunda problematización de nuestros objetos de estudio.

### **Política e intelectualidad. Encerrados en el “campo”**

En estos ensayos, dichos autores plantearon la particularidad del espacio cultural en el país y en Latinoamérica fundamentalmente entre mediados de los años cincuenta y mediados de los setenta del siglo XX. El corpus crítico coincide en caracterizar dicha etapa como de creciente politización del intelectual y de notoria transformación cultural, procesos que advierten como confluientes. Es decir, la innovación promovida en las diversas áreas culturales habría forjado una específica forma de politización del campo intelectual y a la vez esta inserción cada vez más manifiesta en la política por parte de los pensadores argentinos y latinoamericanos repercutió sobre la práctica específicamente cultural en curso de tal manera que en reiteradas ocasiones ambos hechos resultan difícilmente distinguibles.

Si bien se destaca como epicentro de esta situación la década del sesenta, se establece que el proceso se originó con anterioridad mediante fenómenos políticos concretos como el derrocamiento de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955 (para el caso de los análisis referentes al campo cultural argentino) y la Revolución Cubana de enero de 1959 (también para la situación nacional pero fundamentalmente para los estudios que, como el de Claudia Gilman o el de Néstor Kohan respecto de la revista cubana *Pensamiento Crítico*, se abocan a esta problemática desde una perspectiva continental).

A estos hechos eminentemente políticos se agregan como aportes sustanciales para la reconfiguración del espacio intelectual en la Argentina la experiencia cultural que desarrollaron las revistas *Contorno* (1953-1959) —en particular en sus últimos números, producidos luego de la caída de Perón—, *El grillo de papel/El escarabajo de oro* (1959-1974), *Pasado y Presente* (1963-1965 y 1973), *La rosa blindada* (1964-1966), *Fichas* (1964-1966), *Cristianismo y revolución* (1966-1971), *Los libros* (1969-

1976), *Nuevos Aires* (1970-1973) y *Crisis* (1973-1976), entre otras. A su vez, se subraya que este proceso continuó, con sus singularidades, durante el primer lustro de la década del setenta hasta cerrarse intempestivamente con el golpe cívico-militar comandado por el General Jorge Rafael Videla en 1976 —nuevamente, para el caso argentino—, y con el advenimiento de constantes golpes militares en otros países de nuestra América Latina.

Todos estos trabajos consideran especialmente los elementos contextuales, a los que se le dedica un considerable espacio y una atenta reflexión, lo que de este modo subraya la estrecha relación entre práctica intelectual (o literatura para aquellos trabajos abocados a la producción artística) y sociedad, que, si bien relevada como insoslayable en aquellos enfoques que tienen en cuenta tal relación, aun en los escritos en los que parece distanciarse la esfera cultural del contexto social y político se convirtió —y explicitó— como una cuestión ineludible en esos tiempos específicos. El “clima de época” de esos años, según estos autores, se caracterizó por el optimismo ante la posibilidad de una transformación inmediata y estructural de la sociedad en todos sus aspectos, lugar desde el que analizan los procesos estrictamente culturales.

Oscar Terán trabaja sobre la conformación de la nueva izquierda intelectual argentina durante los años 1956-1966, caracterizados desde su perspectiva por una profunda politización de la cultura en la cual la autonomía de la práctica intelectual no estuvo en un principio puesta en riesgo, sino que se anudó con las ansias colectivas de transformación social. *Modernización y politización* se habrían retroalimentado mutuamente según la mirada de este ensayista. Esta situación, para Terán, se modifica luego del golpe del General Onganía, cuando lo político se habría impuesto y con ello se desdibujaron las posibles especificidades culturales:

Al producirse ese golpe demasiado anunciado con importantes apoyos dentro de la sociedad civil, la franja crítica de la cultura argentina fue uno de los blancos de sus iras tradicionalistas. En esa noche de la democracia argentina, aquella otra célebre de los bastones largos fue para diversos componentes de dicha franja la verificación cabal de que todos los caminos institucionales de la cultura se habían cerrado para siempre, y que con ello era la autoidentidad misma del intelectual la que debía modificarse, en un proceso en el cual la relación hasta entonces entablada desde la cultura hacia la política bascularía hasta amenazar con canibalizar desde la política *tout court* el ámbito específico del quehacer intelectual<sup>14</sup>.

Terán ubica al existencialismo y al compromiso sartreanos como el cuerpo de ideas funda-

---

14 Terán, Oscar, op. cit., 1993, p. 159.

mental del cual la nueva intelectualidad de izquierda se nutrió para enfrentar tanto al *academicismo* como al *liberalismo*, a la vez que la diferenciaba de la izquierda tradicional representada en el país por los partidos Socialista y Comunista. Sin embargo, advierte que también se presenta una influencia cada vez mayor de las ideas de Antonio Gramsci y su noción de *intelectual orgánico*:

Ambos tipos [el comprometido y el orgánico] no responden necesariamente a una secuencia temporal sino que pueden superponerse y entrelazarse, y por eso si el primero habla a sus pares y a la sociedad mientras el segundo intenta más bien dirigirse al pueblo o a la clase obrera para apoyarse sobre ellos y desempeñar su misión, entre ambas estructuras se producen líneas de pasaje y de préstamo que definen identidades más complejas respecto de aquellas otras adscribibles con mayor nitidez a alguno de los tipos ideales puros<sup>15</sup>.

Asimismo, describe cómo la nueva intelectualidad argentina llega al marxismo a través de estos dos autores pero también con la lectura en clave hegeliana de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, con la revolución castrista —cuya influencia se despliega sobre todo el continente americano—, con la renovación postconciliar del cristianismo luego de 1965, con la Teoría de la Dependencia y con las crecientes posturas antiimperialistas de vastos sectores de la población; todo lo cual confluye en la aparición de un marxismo heterodoxo y humanista, crítico de los dogmas soviéticos y del *reformismo* de los socialistas argentinos, y suma como aspecto central de la nueva izquierda intelectual y política que surge en ese tiempo, la relectura del fenómeno peronista.

Tales rasgos establecen la diferenciación primero y enfrentamiento después entre los intelectuales críticos u orgánicos por un lado y los liberales o “especialistas” por el otro, diferenciación y enfrentamiento que con el correr de los años se irán profundizando hasta constituirse en antagonismo. Ambos sectores promoverán una profesionalización de la tarea intelectual con implicancias políticas diversas. En *Nuestros años sesenta* se propone que, mientras la política era el sustento del intelectual crítico, en otros espacios como por ejemplo el semanario *Primera Plana* o el Instituto Di Tella, se establecía “el modelo de un joven educadamente inconforme pero no contestatario (...). La modernización que *Primera Plana* promueve y expresa exige la eliminación de la conflictividad política”<sup>16</sup>.

---

15 *Ibíd.*, p. 11.

16 *Ibíd.*, pp. 78-79.

Si bien rescata las posturas de ambos sectores, unos ligados, con explícitas influencias existencialistas, a las nociones más politizadas respecto del rol del intelectual, y otros considerados “académicos” que tendrán la hegemonía universitaria y apelarán al carácter autónomo que debería tener la producción de conocimiento (los primeros encuadrados en un comienzo bajo los parámetros de la revista *Contorno* y los segundos a través, fundamentalmente, de *Imago Mundi* (1953-1955), dirigida por José Luis Romero), el texto se centra en la nueva intelectualidad contestataria, la cual retoma y hace confluír categorías nacional-populares, marxistas y sartreanas. El paso de los años ahonda la crítica de estos pensadores hacia el liberalismo —al que se vincula con la oligarquía nacional y el imperialismo y no con el *progreso*— y hacia el academicismo y la presunta posibilidad de una prescindencia política del arte y la ciencia por parte de los “especialistas”.

El mismo año de aparición de *Nuestros años sesenta*, Silvia Sigal publica *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, donde en términos generales sostiene similares tesis y una misma periodización que Terán. Sigal parte de una noción amplia de la figura de intelectual que le permite incluir en ella a diversos actores sociales, tanto científicos como artistas, educadores y otras profesiones que comienzan a ganar terreno en esos años. Sigal no sólo comparte con Terán la noción de que lo político es pertinente para periodizar una historia cultural, sino que se basa en los mismos hechos para realizarla, ya que también prioriza el recorte de su objeto de estudio entre el golpe de Estado contra Perón y el que sufre el radical Arturo Illia.

La autora analiza fundamentalmente los años que van desde 1955 a 1966, y en menor medida, desde 1966 hasta inicios de los setenta. En una primera etapa, observa una cultura *modernizadora* y de gran autonomía, lo cual se modificaría desde su perspectiva posteriormente a 1966, cuando, a semejanza de los planteos de Terán, señala que *todo pasa a ser político*. También coincide en su postura acerca de que esta priorización de lo político no generó necesariamente la eliminación de toda autonomía cultural:

La manera como se explicitaba en la época la nueva tarea del intelectual no lleva a concluir que la autonomía del campo cultural haya sido liquidada y que la figura del intelectual haya desaparecido, puesta al servicio de la política. Al menos en la Argentina de esos años, la voluntad de someter lo cultural a lo político constituyó un ejemplo extremo de capacidad de elaboración cultural autónoma, erigiendo e imponiendo criterios políticos forjados por los agentes culturales mismos<sup>17</sup>.

---

17 Sigal, Silvia, op. cit., 2002, pp. 251-252.

Cabe resaltar también que si bien inicia el período en 1955 por las condiciones de posibilidad para una transformación cultural generadas con la caída de Perón, señala que en los primeros años de la autodenominada Revolución Libertadora no se observan variaciones culturales drásticas. A nivel cultural los cambios se darían con mayor profundidad años después, aproximadamente a partir de 1958, con el surgimiento de diversas instituciones, carreras universitarias y, sobre todo, con el nacimiento en 1962 de *Primera Plana*.

Para esta autora, una de las características más salientes de los intelectuales de la época es que repiensen no solamente el fenómeno peronista o la sociedad en la que están inmersos, sino que, en primer lugar, reflexionan sobre el mismo espacio intelectual que conforman y el rol que detentan en una sociedad convulsionada. Por eso indica:

Mientras unos derivan su identidad de fuentes profesionales o institucionales, los otros, intelectuales progresistas sin partido —o crecientemente contestatarios en los suyos— la buscan inseguramente escrutando lo que fue, es o deberá ser su lugar en la sociedad<sup>18</sup>.

Al igual que Terán, destaca la división del frente intelectual antiperonista ni bien el peronismo es expulsado del poder. Por un lado están los *académicos*, por el otro, los *comprometidos*:

El primer lustro posperonista fue simultáneamente apertura a la modernización y crisis de la unidad forjada en el antiperonismo. Dos respuestas, por lo menos, se hicieron posibles, que materializaban con sus comportamientos una distancia entre esos componentes que no era, quizás, inevitable. En lo que había sido la tradición progresista del antiperonismo se fueron separando así dos zonas de actividad intelectual. En la primera, se encuentran —con raíces en los circuitos privados que habían crecido durante el peronismo—, las ciencias sociales que avanzaban *da capo* en los claustros universitarios (...). En la segunda, en ámbitos no institucionalizados sino entramadas en obras, publicaciones periódicas y formas efímeras de organización, están las autocríticas —no pocas veces retóricas—, la duda y las revisiones acongojadas, que veremos explicitadas en *Contorno*; esos temas anuncian, en abierto contraste con la franja modernizadora, el proceso pertinaz y proteiforme de búsqueda de una identidad sobre los restos de la que fuera quebrada por los cambios en la escena política argentina<sup>19</sup>.

Más de una década después, Claudia Gilman extiende el análisis al contexto latinoamericano a través de los distintos modos de relación entre intelectuales y política establecidos en los sesenta/setenta en el continente. Al igual que los dos textos analizados con anterioridad, se basa en declaraciones, revistas y, en su caso, el vínculo entre los intelectuales y la Revolución Cubana, que funciona como *pivote* de todos los problemas que trata. El libro trabaja la época que se inicia en

---

18 *Ibíd.*, p. 121.

19 *Ibíd.*, pp. 122-123.

1959 con el ingreso triunfal de Castro a La Habana y llega hasta mediados de los setenta, donde los diversos golpes de Estado sufridos en América Latina lo habrían clausurado definitivamente: “Entre la entrada en La Habana de los guerrilleros vencedores de la Sierra Maestra y el derrocamiento de Salvador Allende y la cascada de regímenes dictatoriales en América Latina hay catorce años prodigiosos. Un período en el que todo pareció a punto de cambiar”<sup>20</sup>. Internamente, divide la época en dos subperíodos, uno que iría de 1959 hasta 1966/68, con hegemonía de la figura de *intelectual comprometido*, es decir, un tipo de trabajo intelectual que otorga la misma preocupación e importancia a la participación pública como a la especificidad literaria; y otro subperíodo que va desde 1966/68 hasta mediados de los setentas, con predominio de la noción de *intelectual revolucionario* y, según sus palabras, de un creciente “antiintelectualismo” donde cobraría fuerza la idea de militancia social del intelectual en detrimento de su especificidad profesional. Propone, a su vez, tomando distancia de los dos estudios anteriores, que si bien hay dos etapas con diferenciaciones marcadas, el proceso desde finales de los cincuenta a inicios de los setenta es uno solo, ya que la segunda etapa no puede comprenderse sin analizar la primera. No son dos épocas diferentes sino que son dos partes, con sus peculiaridades, de una misma época.

La autora trabaja un corpus heterogéneo que recorre los mismos ejes que los textos de Terán y de Sigal, pero se centra especialmente en las revistas culturales ya que las considera el espacio en el cual se desarrolló el vínculo entre lo específico de la profesión y lo general del debate de la cuestión pública, lo que permitió establecer la *conversión del escritor en intelectual* y ayudó a elaborar rápidamente una *nueva cultura latinoamericana*, que serían dos de las características fundamentales de la época desde su perspectiva. Destaca la importancia de la literatura latinoamericana no sólo en este continente durante los sesenta, sino a nivel mundial, pero a su vez la considera secundaria —en tanto ficción— para el análisis de la politización del escritor.

Una de las singularidades de la etapa sería la inminencia de transformaciones revolucionarias que se creía iban inexorablemente a acontecer y que de hecho en Cuba ya se habían iniciado. Esto llevó a una *politización* de todos los aspectos de la vida pública y a una visión revolucionaria

---

20 Gilman, Claudia, op. cit., 2003, p. 35.

del mundo. La mirada se volvía, a su vez, hacia América Latina, Vietnam, China, a través de un socialismo alejado del modelo soviético, pues en medio de la mentada coexistencia pacífica, el Tercer Mundo estallaba en revoluciones.

Gilman explicita el lugar de agente social transformador que el intelectual llegó a detentar en la época, y su creciente interés por formar parte del campo político. En su polémico análisis de la segunda etapa del período, centra sus críticas sobre la presunta “hostilidad” que la revolución cubana habría desarrollado para con los intelectuales a partir de la injerencia hegemónica de la noción de “intelectual revolucionario”, según la cual se redefinía la función del intelectual en la sociedad y se ponía el acento excluyente en prácticas políticas de acción directa por sobre postulados críticos, estéticos o científicos. Esto, según la autora, habría afectado los criterios de legitimidad y validez del propio campo intelectual.

Aparece así la idea de una subordinación de la intelectualidad respecto de movimientos políticos o gobiernos populares, y una inexistencia de autonomía del campo cultural, hecho matizado por Silvia Sigal, como ya examinamos, y discutido profundamente por miradas como las de Néstor Kohan, como analizaremos con posterioridad.

El último capítulo de su libro lo dedica a la especificidad literaria. Se centra en los recursos narrativos y en la politización del hecho artístico. Analiza el denominado nuevo realismo y la importancia de la novela. A partir de aquí plantea los posibles vínculos entre radicalización social y géneros literarios, y remarca la notoria ampliación de la noción de realismo desarrollada en el período. Sin embargo, destaca sobre todo la aparición de un arte de tipo documental que en literatura vendría a intentar ocupar el lugar de la novela fundamentalmente desde inicios de los setenta: el Testimonio.

En *Intelectuales y violencia política. 1955-1973*, Pablo Ponza trabaja una temática similar pero orientada fundamentalmente a uno de los efectos de la mentada politización del intelectual: el paulatino aumento de la violencia y el desarrollo de la lucha armada en la Argentina. El lapso que focaliza va desde julio de 1955, con el bombardeo a Plaza de Mayo, hasta 1973 con el regreso de Perón a la presidencia del país.

Para Ponza, como para Terán y Sigal, el período está caracterizado por un proceso de *modernización* signado por la proscripción al peronismo, la paulatina cancelación de todo canal institucional para la resolución de conflictos políticos y la represión militar a toda forma de disidencia o protesta. Destaca la convergencia del discurso nacionalista popular, marxista humanista y cristiano postconciliar como una característica epocal del campo intelectual argentino. Distingue entre tres tipos de intelectuales: el especialista, el comprometido y el orgánico, y señala a “los sesenta” como el momento del surgimiento de la nueva izquierda y el comienzo de los intentos de articulación entre marxismo y peronismo que dan lugar a la aparición de la “izquierda nacional”, entre cuyos máximos exponentes ubica a Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui y John William Cooke. En esos tiempos, la institucionalidad burguesa entra en crisis, a lo cual se suma una profunda renovación teórica de la izquierda.

En su artículo “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, publicado en la revista *Punto de vista* N° 25 en el año 1985 y en lo que es uno de los primeros escritos al respecto en el período posdictatorial, Beatriz Sarlo hace un crítico balance del lugar subordinado que los intelectuales habrían aceptado ocupar en relación con la política durante los denominados años sesenta y setenta. En este breve texto la autora deja entrever una serie de conceptualizaciones apegadas a su contexto de producción específico, es decir, “la teoría de los dos demonios” y el discurso alfonsinista sobre la responsabilidad de víctimas y victimarios por lo ocurrido en el pasado. Igualmente, más allá de las posiciones personales de quien fuera por otra parte —al igual que Oscar Terán y Silvia Sigal— una protagonista de la última etapa del período analizado en tanto militante y activa participante de revistas culturales, aquí se proponen una serie de rasgos característicos de la intelectualidad que luego serán retomados por quienes se dedicaron al estudio de esta problemática y que hemos reseñado brevemente aquí. Como luego pasó a ser una generalidad en la crítica cultural, reivindica los números finales de *Contorno* —al señalar que “representan más bien un momento donde el trabajo intelectual y el trabajo de producir nuevas perspectivas políticas había encontrado un punto de encuentro”<sup>21</sup>—. Sin embargo, para Sarlo la relación entre literatura y política en el campo cultural argentino de los años sesenta y setenta terminó resultando en un menosprecio de la labor intelectual y en un servilismo de la cultura ante la política, tal como años después sostiene

---

21 Sarlo, Beatriz, op. cit., 1985, p. 2.

Gilman al analizar a la intelectualidad latinoamericana. Según esta autora, fue una época en la que “se trataba, ante todo, de destruir los límites de los discursos y prácticas intelectuales o artísticos para instalarlos en el espacio de las luchas sociales y políticas”<sup>22</sup>. Estos planteos sirvieron de apoyo para el desarrollo de las tesis del “antiintelectualismo” presentes particularmente en el trabajo de Gilman.

Si hasta aquí los análisis expuestos priorizaron un estudio general sobre el campo intelectual, en “La irrupción de la crítica” Susana Cella se centrará con profundidad en el hecho literario y señalará las características centrales del proceso transcurrido entre 1955 y 1976. De hecho, esas son las fechas exactas que incluye como apertura y clausura de un período signado por el vínculo estrecho entre práctica estética y acción política. Para Cella, una de las peculiaridades de esta etapa es que “la literatura se redefine en tanto se la cuestiona en su carácter de *bellas letras*, patrimonio de espíritus sensibles o contemplativos”<sup>23</sup>. Asimismo, si se ponen en entredicho nociones tradicionales sobre el hecho estético en una manifiesta posición rupturista, “también se objeta la idea de la literatura como pura comunicación —explícita, sin ambigüedades, directa, didáctica— de postulados sociales y políticos”<sup>24</sup>. De esta manera, según la autora, se transforma el vínculo entre arte y política y se liga la literatura a la historia, para lo cual, junto con transformaciones propias de la técnica y los recursos literarios, se pretende:

El abandono de toda idea de atemporalidad (...) [y] la inmersión plena en la historia, lo que lleva al rechazo y la condena de *neutralidad* respecto de los sucesos, o de distanciamiento del presente; al revés, el presente es tema y es el punto de partida de toda reflexión, de toda acción, y correlativamente, la crítica del pasado pone en entredicho el modo en que ese pasado ha sido organizado y estatuido, lo que da lugar por lo tanto a una operación desmitificadora<sup>25</sup>.

Así, singularidad estética, contexto político y renovación teórica se entrecruzan y conforman, en este período, un nuevo tipo de literatura, que no estaría sufriendo una “invasión” de la política (como tampoco lo estaría sufriendo el quehacer intelectual en su conjunto), sino que se trata de una redefinición estructural del estatuto de la literatura respecto a su relación con la sociedad que modifica incluso su propia especificidad.

---

22 *Ibíd.*, p. 3.

23 Cella, Susana, *op. cit.*, 1999, p. 11.

24 *Ibíd.*, p. 9.

25 *Ibíd.*, pp. 9-10.

Aunque, como mencionamos, su trabajo no se centra en el vínculo entre intelectuales y política, el libro de Victoria Cohen Imach *De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta* presenta una rigurosa indagación respecto de la cultura argentina del período. Allí analiza las condiciones de posibilidad de la emergencia y consagración del denominado “Grupo de escritores de la periferia”, constituido por el jujeño Héctor Tizón, el mendocino Antonio Di Benedetto, el tucumano Juan José Hernández y el riojano Daniel Moyano. Asimismo, incluye en su estudio trabajos sobre la obra de los bonaerenses Germán Rozenmacher y Haroldo Conti, los que también habrían pretendido recuperar *estéticamente* al interior de una manera *desmitificadora*, es decir, en sus palabras, ni *heroica* ni *telúrica*.

Para esto, la autora reflexiona sobre los discursos hegemónicos de la época, las rupturas establecidas en la tradición en el campo cultural de entonces y las transformaciones sociales que estaban en pleno desarrollo tanto en el plano nacional como internacional. Su intención es restablecer cómo funcionó la *conciencia social* dentro del más abarcador espacio de la cultura argentina. Destaca la importancia que tuvo como hito contracultural el peronismo en nuestro país a través del cual la intelectualidad progresista descubrió una nueva Argentina y se recolocó tanto política como culturalmente. Propone al respecto: “El descubrimiento tardío del significado del peronismo ha sido considerado la experiencia fundamental de la generación de intelectuales y escritores cuyo protagonismo se inicia precisamente el año de su derrocamiento, en 1955”<sup>26</sup>. Nuevamente, en esta mirada procesos políticos ligados a movimientos populares funcionan como pilares del desarrollo intelectual nacional, en un lazo que por momentos difumina las fronteras entre los campos.

### Politicidad de las letras. Algunas miradas sobre el “boom”

No podemos abordar la complejidad de las características de la crítica de la intelectualidad de la época si no abordamos aunque sea sumariamente el denominado “boom de la literatura latinoamericana” originado a mediados de la década del sesenta y los cambios que suscitó en el campo intelectual continental. Si bien la heterogeneidad analítica sobre este tema —y la profusión de

---

26 Cohen Imach, Victoria, op. cit., 1994, p. 49.

la misma— no pueden ser tomadas aquí con exhaustividad, realizaremos un acercamiento a través de una serie de ensayos que fueron publicados en *Más allá del boom: literatura y mercado*, libro compilado por el crítico uruguayo Ángel Rama.

Este volumen contiene una serie de artículos que analizan el desarrollo de la narrativa latinoamericana entre los años cincuenta y setenta, y se origina en un coloquio organizado por el Latin American Program del Woodrow Wilson International Center, con sede en Washington, Estados Unidos, en el año 1979, titulado “El surgimiento de la nueva narrativa latinoamericana, 1950-1975” y en el cual veintisiete intelectuales expusieron sus consideraciones sobre la narrativa del sur del Río Bravo. De esa actividad, Rama seleccionó diez ponencias que funcionaron como síntesis del evento y, a la vez, como un conglomerado crítico que con el tiempo tomó el cariz de balance de toda una época.

Entre ellos se destaca el texto del propio Rama, “El boom en perspectiva”, uno de los intentos más minuciosos realizados por la crítica literaria para caracterizar esta experiencia y sus consecuencias. Allí destaca el carácter comercial y publicitario en el cual se apoya el denominado “boom” y señala que su presunto final se debe más al cierre o la transformación de ciertas editoriales que lo sostenían que a la clausura real del desarrollo narrativo de nuestros escritores y del consumo literario de nuestro pueblo. Sin embargo, destaca también una serie de características provechosas que este fenómeno trajo consigo, como por ejemplo la articulación de una narrativa de carácter continental en una América que por entonces carecía de nexos culturales de envergadura —es decir, el establecimiento y consolidación de una red intelectual latinoamericana a partir de una hasta entonces inédita difusión de la literatura producida en nuestro continente—, y el vínculo perenne de ello con la situación política originada al ritmo de la Revolución Cubana. Con esta lectura de la situación, Rama promueve un vínculo inexorable —y por demás demostrable— entre boom literario, transformación del campo intelectual y política revolucionaria.

No obstante estos rasgos “positivos”, propone que nuestra literatura traspasa con creces los límites del “boom”, por lo que cuestiona la invisibilización que éste provocó para un prolífico número de obras y la homogenización de una realidad intelectual que en ese entonces era mucho más rica incluso en el estricto ámbito narrativo en nuestro continente, de la cual la obra de David

Viñas, Haroldo Conti, Rodolfo Walsh, Juan Carlos Onetti, José María Arguedas y Adriano González León podrían ser sólo algunos ejemplos.

Vemos, así, que para Ángel Rama el desarrollo de la literatura de los años sesenta, tanto la ligada al “boom” como la que quedó relegada fuera de él, detenta un espacio fundamental a la hora de la constitución de una nueva clase de intelectualidad que se desarrolla en íntima sintonía con procesos político-sociales continentales y en el marco de una radicalización de sectores medios en pos de una estructural transformación social. Esa intelectualidad, que se consolida tan apegada a su contexto político de surgimiento, no podía menos que formar parte de una profunda transformación del propio campo intelectual, ligada a su mayor profesionalización, a la adquisición de influencias ligadas a la denominada “modernidad”, y a su politización, esto es, a una más directa inserción en la lucha de clases.

En el mismo volumen se destaca el ensayo de David Viñas “Pareceres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana”, en cuyas páginas se debate en tono polémico las características del denominado “boom” de la literatura de América Latina en la misma sintonía del oriental Ángel Rama respecto de la consideración del fenómeno como un producto derivado de la mercantilización de la escritura y como un proceso eminentemente editorial y publicitario que impidió un acercamiento fidedigno a la producción cultural latinoamericana. El ensordecedor ruido de este “estallido”, en palabras de Viñas, produjo que sólo accediéramos a cierta producción narrativa americana, impuesta generalmente a través de maniobras marketineras y desde diversas metrópolis en las que se asientan editoriales de peso, y que se dejara de lado un enorme acervo cultural producido en América Latina y que no encontró espacio en los estrechos márgenes que van desde Vargas Llosa a Carlos Fuentes, o desde Seix Barral a Sudamericana.

Por otra parte, el surgimiento de escritores convertidos en estrellas intelectuales, héroes culturales, gigantes del arte, ubicaría a los intelectuales nuevamente en la posición que detentaban en el siglo XIX, la de “la torre de marfil” desde la cual observaban, ajenos y altivos, a los humildes pobladores de su tierra que carecían del don con que ellos contaban.

No obstante ello, la aguda mirada de Viñas no deja de observar una serie de rasgos destacables generados a partir del “boom”, entre los que enuncia una inédita profesionalización del escri-

tor a través de un mercado realmente existente, lo que permite considerarlo como un trabajador inmerso en la sociedad.

Para este autor, el “boom” y la noción de una “nueva” narrativa de América Latina no puede entenderse en su cabalidad sin “el más reciente *momento caliente* de la revolución cubana el cual no sólo refracta su dramaticidad inaugural sino que es uno de los pivotes y rampas de lanzamiento fundamentales de la nueva narrativa latinoamericana”<sup>27</sup>. Así, “si de bestsellerismo hablábamos con motivo de lo más notorio del búm, en los bordes de esa especificidad (subrayándola y negándola al mismo tiempo) reposan los textos de Ernesto Guevara”<sup>28</sup>. La nueva narrativa latinoamericana, entonces, no es tanto —o por lo menos, no solamente— la del “boom” sino la que está en sus contornos. Es una narrativa politizada, apegada a su contexto, nacida de las preguntas y preocupaciones que el pueblo latinoamericano se hizo en esos tiempos y de las prácticas que se generaron para lograr una radical transformación social, es hija de la lucha de clases, lo cual motivó una escritura “desordenada e incompleta, [cuyo] aporte más considerable (...) es la concepción y realización de textos como alteridad reconocida. De la escritura como otredad dialectizada”<sup>29</sup>. Esta propuesta se argumenta profusamente con la opción analítica elegida por el autor respecto del vínculo entre literatura y sociedad. En detrimento de las posturas más “autónomas” del hecho literario, Viñas sostendrá la necesidad de entender la literatura —y la práctica intelectual en su conjunto— como una peculiar producción social realizada en un tiempo y lugar específico:

Lo específico de la literatura no se agota en su especificidad: porque la tan trajinada *libertad* ni se produce ni se la descifra en cabalidad sólo desde esa especie de *en sí*. Suerte de *epojé* o de puesta entre paréntesis (legítima y fecunda, desde ya, cuando se la entiende como un momento analítico o de enfriamiento, pero que —en los pasos siguientes— necesita integrarse en las infinitas, inquietantes y apasionantes series. Que sí recuperarán el suceso, pero inscripto en el proceso). Esto es, en la historia. Y perdonen la tristeza: en la historia entendida como lucha de clases. Desde ya, con sus formaciones atípicas, inesperadas, diversas y heterodoxas que puede adoptar. Ya que esa —en su más amplio debate— es la dinámica imborrable donde se produce un texto, desde donde se lo vende y consume. Y desde donde conjeturalmente se lo lee y se lo critica<sup>30</sup>.

---

27 Viñas, David, op. cit., 1984, p. 39.

28 *Ibíd.*, p. 39.

29 *Ibíd.*, p. 49.

30 *Ibíd.*, p. 20.

Suceso inscripto en un proceso, peculiaridad que no logra agotarse en sí misma. Desde esta forma de entender la literatura Viñas critica la “indiscutible autonomía” de las letras, generadora de una obtusa “microcrítica” que “si resultaba legítima al trabajar con texturas y entramados minuciosos, iba desvaneciendo cualquier posibilidad de síntesis y de comprensión global”, es decir, prescindía “del cómo y del dónde y del por qué y para quién de la novela en América Latina”. Y también “Del cómo y del dónde y del por qué y para quién de la literatura. Y, en último análisis, del cómo y del dónde y del por qué y para quién de cada uno de nosotros mismos”<sup>31</sup>. Este motivo lleva a Viñas a recordar, junto a Cortázar, a otros tres escritores vinculados a la nueva narrativa de América Latina, cuestionadores de la sociedad y, sobre todo, de sí mismos: Rodolfo Walsh, Haroldo Conti y Paco Urondo, quienes “sin estruendos ni extraterritorialidades (...) habían comprendido y comprobado —precisamente a través de la mediación de sus prácticas concretas— que lo específico de la literatura no se agota en su especificidad”<sup>32</sup>. Para Viñas, la literatura “en su andadura más íntima solicita un referente: el mayor referente que es el mundo. Y si el mundo es un texto, todo texto es un mundo”<sup>33</sup>.

En resumen, Viñas reivindica la nueva narrativa latinoamericana a la vez que cuestiona al “boom”, ante el cual propone vincularnos con otras series de nuestra literatura que cuestionan el detenimiento conceptual en la mera especificidad y se ligan a la militancia social, imposibles de comprender sin los escritos de Guevara y la Revolución Cubana: la de Walsh, la de Conti, la de Urondo. Podemos agregar: la de él mismo.

### Política y cultura. El élan marxista

Todos los críticos mencionados coinciden en especificar el auge del marxismo en el período considerado, pero es Horacio Tarcus quien describe con minuciosidad el desarrollo de la tradición marxista dentro del campo cultural y político argentino entre 1955 y 1976, presentándola como determinante en la *modernización* cultural del país. Este auge del marxismo se da en un momento

---

31 *Ibíd.*, pp. 24-25.

32 *Ibíd.*, p. 48.

33 *Ibíd.*, p. 50.

de profunda renovación teórica y de relecturas políticas con la consiguiente pérdida de hegemonía de la ortodoxia comunista ante el ascenso de la denominada nueva izquierda:

En el período que nos ocupa, está todavía presente la herencia de la vieja generación, pero la línea fundamental va del cuasi-monopolio del marxismo por los comunistas a su creciente pérdida de hegemonía a favor de la nueva izquierda. En un proceso que va del PC al PRT, pasando por los múltiples grupos políticos y formaciones culturales de la nueva izquierda, del libro a la revista, y de la revista al fascículo de tirada masiva, este proceso de irradiación cultural acompaña y alimenta un proceso de creciente radicalización social y política que sólo va a interrumpirse abruptamente con el golpe militar de 1976<sup>34</sup>.

El autor destaca la hibridación del marxismo con otras corrientes —anarquismo, cristianismo y, fundamentalmente, el nacionalismo popular encarnado por el peronismo— y con las ciencias sociales de la época, y establece la influencia que este pensamiento tenía incluso por fuera de la propia izquierda argentina. Tarcus remarca la preponderancia de las concepciones humanistas en este “nuevo marxismo”, en particular leídas en clave sartreana o gramsciana, sin olvidar la importancia del “redescubrimiento” de Lukács en esos tiempos. Sin embargo, aclara que desde mediados de los años sesenta la mirada estructuralista, en particular a través de los escritos de Louis Althusser, se convierte en determinante en nuestro campo intelectual, y con ello, el marxismo modifica sus paradigmas e incluso su lenguaje.

Dentro de este contexto, Tarcus se hace un espacio para rescatar a figuras *olvidadas* o menospreciadas del marxismo argentino, verdaderos “francotiradores intelectuales” que muchas veces desde una absoluta soledad o como parte de minúsculos grupos aportaron notoriamente con sus análisis a la renovación de la izquierda argentina. En lo que es un sumario adelanto de sus futuros trabajos, nombra a Rodolfo Mondolfo, Carlos Astrada, Héctor Raurich, Silvio Frondizi y Milcíades Peña, a los que agrega a los más renombrados pensadores del nacionalismo de izquierda, como Ramos, Cooke, Hernández Arregui y Puiggrós, como fundamento para subrayar la pretensión de confluencia que prevaleció en diversos sectores tanto del pensamiento marxista como del pensamiento nacionalista popular:

Los sesenta asistirán a lo que dio en llamarse la radicalización del populismo (o en la jerga de los comunistas, *el giro a la izquierda del peronismo*). Después del golpe militar de 1955, militantes marxistas y peronistas combativos compartirán la experiencia de la resistencia contra la dictadura militar. Marxistas y peronistas combativos vuelven a encontrarse con el estallido de la revolución cubana en 1959<sup>35</sup>.

---

34 Tarcus, Horacio, op. cit., 1999, p. 466.

Todo este proceso cultural y político que enriqueció notoriamente al campo intelectual argentino se clausuró para Tarcus con el advenimiento de la dictadura militar comandada por Jorge Rafael Videla a partir del 24 de marzo de 1976, momento en el cual las condiciones de posibilidad de esta clase de discursos y prácticas sociales sufrieron una transformación dramática:

La dictadura militar, instaurada el 24 de marzo de 1976, no sólo vino a poner fin a la efervescencia social y la radicalización política; entre sus objetivos explícitos, estaba borrar la tradición marxista de la cultura argentina<sup>36</sup>.

Desde una postura inserta en el pensamiento militante, en su estudio introductorio a *La rosa blindada, una pasión de los '60* Néstor Kohan subraya una serie de características comunes de la época y se centra en los rasgos particulares que tuvieron el desarrollo del marxismo y la nueva izquierda en nuestro país y en América Latina en un contexto de radicalización política mundial:

La década del '60 estuvo caracterizada —en la Argentina y en el mundo— por un alto grado de indisciplina laboral, en momentos en que habían entrado en crisis las formas de disciplinamiento social propias de la segunda guerra mundial. Esa oleada mundial asumió en nuestra historia específica características irreproducibles (...). Eran los tiempos signados por la influencia encendida de la revolución cubana (y como parte de ella por el guevarismo) que atravesó y modificó entre nosotros todas las tradiciones políticas y culturales, desde el peronismo y el comunismo, hasta el trotskismo, el nacionalismo cultural e incluso a la iglesia católica<sup>37</sup>.

Si bien se detiene particularmente en la experiencia de la mencionada revista, a la que propone como una de las más completas expresiones culturales de esta nueva izquierda argentina, describe también la influencia de los procesos tercermundistas y de liberación nacional para la totalidad del campo cultural y político argentino. Así como en lo literario, en lo económico y en lo filosófico, se desarrollaron también crecientes y particulares renovaciones en otros campos de la cultura argentina, por lo que se instituyó un proceso de profunda transformación general. Pero si en algo decide detenerse la mirada de Kohan a la hora de esgrimir la particularidad de los sesenta es en el guevarismo y su notoria influencia en la política y en la cultura, con el consiguiente privilegio de la subjetividad, su enfoque humanista del marxismo y la priorización de la ética en la vida social y política. Estas concepciones explican el lugar central que la práctica intelectual ocupó en la época y se encuentran en la base del crecimiento de una cultura contrahegemónica.

---

35 *Ibíd.*, p. 483.

36 *Ibíd.*, p. 499.

37 Kohan, Néstor, *op. cit.*, 1999, pp. 21-22.

Desde esta lectura, el guevarismo influyó no sólo en las organizaciones políticas y en las estrategias guerrilleras desarrolladas en el continente, sino que se introdujo hasta en los aspectos más capilares de la vida social argentina y fue determinante para el establecimiento de una nueva cultura nacional y popular. Por esto, Kohan remarca la posibilidad de encontrar vínculos entre los postulados de Guevara y los de Antonio Gramsci:

Con esa operación ideológica que reconstituía la nutriente más rica del marxismo revolucionario el Che no hacía más que recuperar desde la revolución cubana, varias décadas después, la herencia perdida que había dejado flotando Gramsci con su periódico *L'Ordine Nuovo* (El Orden Nuevo) y Mariátegui con su revista *Amauta* (sin olvidarnos del joven Lukács y sus colaboraciones durante 1919-1921 en la revista *Kommunismus*). Todos ellos, al igual que Guevara, otorgaban a la cultura revolucionaria un lugar privilegiado en la lucha de clases contemporánea<sup>38</sup>.

Cultura y política serán, entonces, dos ejes interdependientes en esta etapa histórica del continente americano a partir del auge de este renovado y heterodoxo marxismo. Si por un lado existía en la izquierda ortodoxa un “dualismo que separaba a la cultura de la política y terminaba recluyendo la cultura en un ámbito cerradamente superestructural y epifenoménico”<sup>39</sup>, la nueva izquierda pondrá en cuestión tales lecturas como uno de los ejes constitutivos de su propia razón de ser. La cultura no se circunscribirá, por lo tanto, a un “campo”, sino que con sus especificidades será parte activa de un proceso social más general. A contramano de los planteos de Gilman y de Sarlo, incluso debatiendo los dichos de Terán y de Sigal, Kohan aclara que ello no generó un desprecio de la práctica intelectual o una invasión de la política sobre el espacio cultural. De hecho, su propuesta cuestiona a quienes se amparan en las distinciones de “campos” para discutir la politización cultural de los sesenta:

Durante los años '80 se puso de moda en la academia argentina y en otras academias latinoamericanas recurrir a la terminología del joven Pierre Bourdieu (principalmente la noción de ‘campo’, contrapartida en su obra de la noción de ‘habitus’) para explicar la génesis, desarrollo y consolidación de los grupos intelectuales. Manipulando a *piacere* aquellos textos de Bourdieu, algunos intelectuales ex marxistas (autodenominados en forma presuntuosa ‘postmarxistas’) legitimaban de este modo su *aggiornamento* y su ingreso a la socialdemocracia. ‘El gran error de los años ‘60 —arriesgaban en sus *papers* académicos— fue no respetar la profesionalidad de los campos intelectuales. La política todo lo invadió’. Así, separando tajantemente al ‘campo’ intelectual del ‘campo’ político fundamentaban su conversión en burócratas profesionales y tecnócratas académicos<sup>40</sup>.

---

38 *Ibid.*, p. 42.

39 *Ibid.*, p. 41.

40 *Ibid.*, p. 9.

Esta crítica culmina con una postura antagónica a la expresada, por ejemplo, por Claudia Gilman. Kohan señala que la práctica política, en particular la considerada “revolucionaria”, pretende desvirtuar raigalmente las estructuras existentes y no puede, por lo tanto, considerarse externa a la cultura, sino como una parte constitutiva de ella. No hubo, entonces, una “politización excesiva”, ni en la década del sesenta en general ni luego de 1966 o de 1968, como se lee en gran parte de la crítica cultural reseñada. Por el contrario, escindir ambas esferas lleva a parcializar de tal modo la mirada que impediría acceder a una comprensión del proceso en cuestión. Esta postura es semejante a la expresada por Omar Acha al analizar el texto de Gilman, cuando señala que los planteos de la autora “están adocenados en una interrogación sobre la politización del campo de las letras, cuando [en ese período que investiga] las formas de las experiencias estaban raigalmente entrecruzadas”<sup>41</sup>.

En su análisis sobre la revista cubana *Pensamiento Crítico* (1966-1971), titulado “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la revolución cubana”, Kohan refuerza las nociones centrales vertidas en su texto respecto de *La rosa blindada*. Indica que los golpes militares y gobiernos totalitarios que impusieron el neoliberalismo en el mundo fueron un contraataque burgués contra la ofensiva anticapitalista de los sesenta, momento en el cual el orden social vigente habría padecido una crisis de hegemonía a escala continental y mundial:

La indisciplina y la rebelión que marcaron a fuego los años ‘60 no fueron única ni exclusivamente políticas (...). Para dar cuenta de los años ‘60 no puede tampoco prescindirse de la dimensión cultural. Sucede que lo que hasta entonces había sido un postulado teórico (tan caro al marxismo historicista de un Lukács o al culturalista de un Gramsci) se experimentó a partir de allí como un dato evidente de la misma realidad (...). No sólo se resquebrajaba el orden social, económico y político del capital a nivel mundial. También entraba en crisis su dominación cultural. *La cultura* —como señaló por entonces un estratega militar de las Fuerzas Armadas argentinas [Osiris Villegas]— *es parte de la guerra revolucionaria* (...). No sólo se resquebrajaba el orden social, económico y político del capital a nivel mundial. También estaba en crisis su dominación cultural<sup>42</sup>.

A esto es a lo que llama Kohan, siguiendo a Gramsci, una crisis de hegemonía.

Coincidiendo con la caracterización de la época que promueve Kohan, diversa es la conclusión de José Aricó en su libro *La cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina*, donde efectúa

---

41 Acha, Omar: “La modernización difícil y el campo intelectual: dos categorías problemáticas” en *Un revisionismo histórico de izquierda*, Buenos Aires, Herramienta, 2012, pp. 131-166.

42 Kohan, Néstor, op. cit., 2006, p. 4.

un examen del itinerario gramsciano en nuestras tierras y, con él, la reconstrucción de las peripecias intelectuales y políticas de un grupo que ya desde fines de los años cincuenta se propuso entre otras cosas encarar la difusión de sus escritos y la apropiación del riquísimo flujo de ideas que de ellos emanaba<sup>43</sup>.

El grupo al que hace alusión en el fragmento citado no es otro que el que pasó a conocerse en los años sesenta como *Pasado y Presente*. De hecho, el texto se detiene casi con exclusividad en la historia y las posturas expuestas por éste. Así, Aricó convierte el *itinerario* de Gramsci en América Latina en una reconstrucción de un fenómeno de difusión cultural como el de la revista que lo tuvo entre sus principales colaboradores.

Justamente, este libro reviste particular interés porque otorga una visión pormenorizada de una de las experiencias más representativas de la nueva izquierda argentina. Prácticamente todos aquellos jóvenes que fundaron esa revista fueron discípulos de Héctor Pablo Agosti hasta que sufrieron la expulsión del Partido Comunista Argentino en 1963 por sus posturas gramscianas y por sus críticas a la dirección de la organización en la que militaban. La descripción de la etapa que nos concierne realizada allí es de suma utilidad para indagar en la manera en que se leyó a Gramsci en los sesenta y setenta en nuestro país, es decir, para problematizar cuáles fueron los aspectos fundamentales del pensamiento del militante sardo que la nueva izquierda argentina retomó y que formaron parte —junto con otras propuestas como las de Sartre, Luxemburgo, Lukács, Guevara, Castro, Mao— de una profunda y estructural renovación teórica y práctica del marxismo, así como también sirvieron para señalar la dimensión política de toda actividad cultural. El balance que propone Aricó de la etapa comprendida es aún más furibundo que el de Beatriz Sarlo. Tilda de *espejismo revolucionario, irresponsabilidad política, autoritarismo, dogmatismo* y otras tantas frases del mismo estilo a la lucha revolucionaria emprendida en los sesenta. Este intelectual expone de este modo un *mea culpa* propio del momento de enunciación —los años ochenta—, cuando, como expresamos respecto de los dichos de Sarlo, la teoría de los dos demonios hegemonizaba el pensamiento sobre la época. Al respecto no podemos obviar que el propio Aricó formaba parte entonces del alfonsinismo.

Si es evidente que desde esta posición buscó, en lo que también fue una postura muy difun-

---

43 Aricó, José, op. cit., 2005, p. 25.

didada en los años ochenta, *retomar* a Gramsci como un intelectual primordial para la manutención y el desarrollo de la democracia en la Argentina a partir de 1983, poco aporta esa intención a este análisis; lo que no podemos obviar es la relevancia del estudio de Aricó sobre las características del gramscismo en el país.

De una u otra manera, todos estos textos permitieron abordar diversas aristas de la problemática centrada en el vínculo entre intelectualidad y poder, y el rol del intelectual en la sociedad, a partir de la experiencia vivida en los años sesenta en nuestro país en particular y en América Latina en general.

### Crítica de la crítica.

Como señalamos en la “Introducción” de este trabajo, durante las páginas precedentes se pretendió indagar en las miradas de la crítica argentina respecto del vínculo entre intelectualidad y política fundamentalmente en los años sesenta/setenta mediante un estudio analítico y comparativo del material publicado por diversos ensayistas que en las últimas tres décadas han diseñado textos que son hoy herramientas ineludibles a la hora de abordar tal período y objeto de estudio.

En dicho corpus, se concluye que existe una coincidencia respecto de que se trató de una época de creciente participación del intelectual en la lucha de clases argentina, lo que coincidió con una transformación estructural del campo intelectual en su conjunto (que la gran mayoría de los trabajos denominan “modernización cultural”, hecho que ha generado, a su vez, nuevas controversias<sup>44</sup>). Asimismo, estos estudios destacan unánimemente la importancia de las revistas culturales como espacios en los que los intelectuales pasaron en la época de lo específico de su campo a lo político como una forma de intervención pública sobre su coyuntura.

Sin embargo, resulta notoria la existencia de una mirada académica hegemónica que, en mayor o menor grado y con sus matices, pone énfasis en la “invasión” sufrida por el campo cultural respecto de la práctica política. Trabajos como los de Néstor Kohan y, en referencia a lo estrictamente literario, los de Susana Cella, Ángel Rama y David Viñas, discuten esta postura al sostener

---

44 Al respecto ver Acha, Omar, op. cit., 2012.

la imposibilidad de constituir un campo cultural más o menos aséptico en una etapa en la cual lo político instituyó las prácticas culturales.

La coincidencia respecto de la importancia del pensamiento de Jean Paul Sartre, Antonio Gramsci y Ernesto Guevara, y la presencia de hechos políticos como, entre otros, el Golpe de 1955 a Juan Domingo Perón, la proscripción del movimiento peronista, el triunfo de la revolución cubana y el advenimiento de golpes militares en todo el continente, como mojones históricos que permiten periodizar una etapa cultural, parecen dar fundamento a los planteos que se referencian en la dificultad de considerar una *externidad* —y posterior *invasión*— a los hechos sociales y políticos de esa envergadura respecto de las prácticas culturales. En cambio, se evidencia que en una etapa revolucionaria, la praxis recortada a la *política* parece extenderse más allá de nuestras actuales perspectivas. En esa intencionalidad de proyectos, prácticas y poéticas radicaba la promoción de un nuevo estatuto para el intelectual en relación con lo social y una renovación estructural de su especificidad.

La etapa considerada por la crítica analizada supone un momento particular en la diacronía de la cultura argentina por las peculiaridades que permiten definirla como un campo relativamente homogéneo en el cual, aun en sus diversidades, puede observarse una clara hegemonía respecto de concepciones acerca del lugar del intelectual, la función del escritor, la relación entre pensamiento y acción, la conformación de ámbitos intelectuales en los que confluían preocupaciones estéticas y políticas; lo cual, acudiendo a un antiguo concepto utilizado ya por Susana Cella en el prólogo del Tomo X de la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik, *La irrupción de la crítica* (1999), permite sostener la existencia de un “clima de época” contestatario originado por múltiples y heterogéneos fenómenos de índole política, social y cultural que motivaron a su vez en el espacio intelectual el surgimiento de condiciones específicas de producción, distribución y recepción.

El recorte temporal hoy día ya cristalizado se constituye a partir de años políticamente emblemáticos para nuestro país que refieren indudablemente a sucesos históricos fácilmente reconocibles. Sin embargo, esta clase de periodización no supone una postura según la cual las transformaciones hacia el interior del campo intelectual se generen como corolario mecánico de los ava-

tares de los procesos históricos. Por ello este análisis, si bien entiende la obvia especificidad del campo intelectual teniendo en consideración su relativa autonomía respecto del campo de poder; al mismo tiempo discute con la presunción de una supuesta *contaminación* de la actividad intelectual ante el establecimiento de fuertes vínculos con lo que genéricamente denominamos *la realidad política o social*.

Por otra parte, en los estudios referentes a las posturas asumidas por los intelectuales en el proceso argentino desarrollado en esta etapa histórica aquí reseñados se observa que la crítica ha priorizado un análisis general sobre el campo intelectual nacional y/o continental, basada en el estudio de revistas político-culturales, posicionamientos expresos de los intelectuales, participación de los mismos en organizaciones políticas y/o político-militares, intentos de conformación de organizaciones culturales, cuerpo de ideas hegemónicas en el período, renovaciones teóricas, biografías intelectuales, etc. El resultado de tales análisis demuestra que la cultura no fue concebida en tanto construcción intelectual de una *élite* ilustrada y distanciada de los múltiples actores de los diversos procesos sociales, incluidos los intelectuales, sino como un producto que debía emanar de su comunidad; la sistematización de las prácticas sociales cotidianas y no solamente experimentación técnica engendrada por especialistas aislados. Tal como Said ha señalado: “la voz del intelectual es solitaria, pero su resonancia se debe únicamente al hecho de asociarse libremente con la realidad de un movimiento, las aspiraciones de un pueblo, la prosecución común de un ideal compartido”<sup>45</sup>. A esto habrían ofrecido su práctica intelectual los autores de la generación del sesenta. Estas nociones entroncan con el espacio que en la época se le concedió a la cultura como parte de la lucha política revolucionaria, donde no se la consideró una mera “superestructura” que reflejaba pasivamente las relaciones sociales de producción. Por el contrario, la práctica cultural y la función de los intelectuales se advirtió como un componente indispensable en el cual también había que detenerse a la hora de interpretar la compleja realidad de las sociedades en las que se pretendió realizar un cambio revolucionario.

En este período del continente americano y del país, la cultura no se circunscribió, por lo

---

45 Said, Edward: *Representaciones del intelectual*, Buenos Aires, Paidós, 1996, p. 107.

tanto, a un “campo específico”, sino que con sus peculiaridades fue parte activa de un proceso más general. Así, el vínculo entre ambas facetas —la cultural y la política— aparece a la vez mediatizado por la especificidad de cada campo como insoslayablemente existente.

De lo planteado se deducen los rasgos definitorios de todo un momento histórico, en el cual se verifica una ascendente radicalización política y social que tuvo entre sus principales debates en el área que nos atañe el de discernir el rol del intelectual durante procesos transformadores y, en términos generales, el lugar de la cultura para la constitución de un nuevo ser. Este lugar central dado a la cultura en la lucha de clases ubicó a los intelectuales en una posición de creciente protagonismo en el surgimiento, consolidación y profundización de un proceso revolucionario finalmente derrotado, lo cual, a su vez, motivó la profusa cantidad de análisis críticos, de los cuales aquí pretendimos analizar los más relevantes.